

Capítulo 1

Las postrimerías de lo humano

Mauricio Ramos González

mauricio.ramos@uabc.edu.mx

Etienne Mulumeoderhwa Mufungizi

etienne.mulumeoderhwa@uabc.edu.mx

José Candelario Osuna García

josuna7@uabc.edu.mx

Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales

Universidad Autónoma de Baja California

<https://doi.org/10.61728/AE20252366>



Introducción

En el siguiente texto se quieren explorar algunos señalamientos radicales sobre la IA, como hito y contexto que determinará no solo nuestro estilo de vida, sino la existencia y permanencia de nuestra especie en vísperas del despliegue total de la tecnología inteligente. Se propone un futuro en donde la IA será el relevo de nuestra especie. Pero también está la posibilidad de inyectar algunas características humanizantes en la IA, que podrían prometer cierta confluencia y potenciación de nuestras capacidades.

También se recalca el hecho sabido de que la tecnología es lo que hagamos de ella. Por eso la importancia de humanizarla en afán de cuidar lo mejor de nosotros proyectado en la máquina. Finalmente, se hace notar que menos que la IA, nuestros propios vicios pueden ser el problema, en el sentido de que en realidad nunca hemos superado nuestras mezquindades morales. Está el peligro de que las programaciones estén viciadas desde el principio. Por eso se toma como ejemplo el tema del conflicto Israel Palestina como un caso paradigmático de falencia humana y de incertidumbre acerca de nuestro verdadero valor como especie.

Poshumanidad

En una entrevista en 1964, Arthur C. Clarke, autor de obras de ciencia ficción, aseguraba que la inteligencia artificial nos iba a sustituir. No solo a superarnos en el cómputo de cifras descomunales o eficientizando la producción. Literalmente iba a tomar nuestro lugar, con la idea de que el siguiente paso evolutivo no contará con nosotros. La existencia biológica quedará obsoleta frente a mejores diseños y materiales virtualmente eternos. Si tanto se habla de cambios de paradigmas, ese es uno de los más radicales. La potencia de la inteligencia sintética simplemente no tendrá parangón ni forma de ganarle. Sobre todo, porque no hay ninguna experiencia previa que nos guíe en lo que hay que hacer en el siguiente

paso. Todas las narraciones que nos contamos, para hacernos creer que somos una especie de homínidos especiales con preocupaciones metafísicas, no valdrán más que como anécdota autocomplaciente. Nunca nos dijeron que sería posible que una creación artificial, iba a tomar el relevo. Este sería el verdadero fin de la historia.

Lo habitantes más inteligentes del mundo futuro no serán ni hombres ni monos. Serán las máquinas, los descendientes de las computadoras de hoy. Los cerebros electrónicos actuales son tontos. Pero esto no será así en otra generación. Ellos comenzarán a pensar y eventualmente superarán por completo a sus creadores. ¿Es esto deprimente? No veo por qué debería serlo. Nosotros reemplazamos a los cromañón y neandertales y suponemos que somos una mejora. Creo que deberíamos considerarlo como un privilegio, ser peldaños hacia cosas más elevadas. Sospecho que la evolución orgánica o biológica ha llegado a su fin. Y ahora estamos en el comienzo de la evolución inorgánica o mecánica que será miles de veces más veloz. (Kurlander, 2023)

A pesar del vaticinio, Clarke dice en 2010: *odisea dos*, que en algún momento los seres humanos se empotrarán en las máquinas en amalgama indiferenciada, como siendo un solo ser que potencia lo biológico. Este camino biomecánico resultará al final en una migración de la conciencia hacia lo inmaterial, como si la inteligencia eventualmente se mudará dejando la materia para evolucionar como pura energía. Primero el cerebro, luego la mente en hogares de metal y plástico. Las entidades-máquina aprenderán a “almacenar conocimiento en la estructura del espacio mismo, y a preservar sus pensamientos para la eternidad en escarchados retículos de luz” (1983, p. 145), serían criaturas de radiación, energía pura fuera del alcance del tiempo. Así, pues, estaría aludiendo a que la única posibilidad de trascendencia del ser humano depende de su capacidad para combinarse tecnológicamente con las máquinas y la inteligencia artificial. Incluso si creemos que es posible trascender la materia, se requiere primero un empuje previo de conjunción orgánica y técnica.

No es la primera vez que se nos ocurre la cuestión de la posthumanidad. Es decir, seres superiores a nosotros por sus capacidades biológicas

potenciadas y adicionadas con ventajas tecnológicas. Dédalo construye a Talos, un gigante de broce guardián de Creta. Paracelso nos da la receta para crear homúnculos, que consistía en depositar esperma putrefacto en un huevo y dejarlo reposar cálidamente en la humedad. El Golem que según el talmud es un embrión o sustancia sin forma, es creado por Dios gigantesco y bisexual (Sepúlveda, 2004).

Hay un ejemplo inesperadamente actual que involucra a René Descartes. En la obra del filósofo se notan referencias al tema de la racionalidad humana en una comparativa con los animales y los autómatas. Por ejemplo, dice que una máquina que se quisiera replicar como un ser humano sería descubierta por su incapacidad para el habla, o bien debido a sus acciones automáticas y poco versátiles. Pero si no fuera por esas limitaciones, bien podríamos confundir a una persona con un autómata movido por resortes. Porque igual que un reloj, el cuerpo humano se puede considerar una máquina fabricada, que se movería como un mecano, aun sin alma ni voluntad. En términos de ingeniería no hay diferencia entre el autómata, los animales y los humanos. Esta temática recurrente en Descartes, le valió una imagen que lo conectó a los Androides para siempre.

Se dice que el filósofo, mientras vivía en Ámsterdam, mantuvo un amorío con una sirvienta llamada Helena Jans van der Strom de la que tuvo una hija que nombró Francine. Nunca se casaron y mantuvo a Helena como ama de llaves y a Francine la hacía pasar como su sobrina. A pesar de ese secretismo, Descartes terminó amando a su hija, planeando incluso su porvenir y educación. Pero Francine murió de escarlatina cuando contaba con cinco años, sumiendo al filósofo en una profunda tristeza, que fue incapaz de ocultar y que lo llevó a aceptar su paternidad. A partir de este pasaje biográfico se ha tejido una secuela, que como historia alterna parece una mezcla de Pinocho y Frankenstein. No pudiendo aceptar la pérdida, ni olvidar a su hija amada, Descartes es seducido por la posibilidad de crear un autómata con el aspecto de la niña.

La presencia del artificio hacía más fácil su vida y menos triste su soledad. La llevaba en un baúl en todos sus viajes y era su acompañante que confortaba el silencio de las habitaciones. Se dice que, en su último viaje, al llamado de Cristina, reina de Suecia, una tempestad sacudió la embarcación en la que marchaba, de suerte que el miedo a naufragar y

azuzados por la superstición, la tripulación señaló a la extraña compañía del filósofo. El capitán advertido se dirigió para comprobar la denuncia y fue testigo de cómo el mecano saltaba de su baúl, produciéndole tal aversión que creyó ver en la criatura el efecto de alguna clase de magia negra. Con la certeza de que la presencia diabólica era la causa de su posible hundimiento, lanzó a la muñeca al mar, para que desapareciera en las profundidades. Después, como una historia ya sabida, Descartes murió de neumonía en Suecia (Lacruz Mantecón, 2021).

Francine mecánica tiene el mismo final que se repite en todas las historias de seres artificiales o animados con algún tipo de magia: su destrucción. Porque participan de uno de los pecados arquetípicos de occidente, meterse en los asuntos que solo a Dios le competen. Se trata de la *hybris*, esa famosa desmesura que cometen los héroes cuando les da por desafiar su destino. En la modernidad, la fatalidad acompaña a todos estas hechuras posthumanas, porque son contra natura y no tiene lugar en un mundo donde se requiere alma si te nombras humano. La *hybris* en este caso se refiere a la idea misma de cómo eludimos la muerte por el poder que nos aporta la tecnología. Con todo y que en realidad, el acceso a la tecnología nos ha evitado dolor, sufrimiento y frustraciones.

Es decir, hemos evadido mucho del destino animal que nos correspondía. La técnica ha concretado lo que la magia prometía. Aunque las dos buscaban lo mismo, el poder sobre la naturaleza, la ciencia ha dado en el clavo. La tecnología tiene su máxima función en la satisfacción de los deseos humanos. Por eso aún los anhelos más poéticos, esotéricos y abstractos a veces parecen verse cristalizados en los recintos científicos. Los poderes de la ubicuidad, las promesas de salud y de extensión de la vida, de la regeneración y la abundancia, del control y la predicción. Estamos habituados a los inventos más extravagantes, antes impensable: telas de la invisibilidad, neurotecnología que permite controlar dispositivos con la mente, generador de sueños lúcidos, campos de fuerza, exoesqueletos, baterías infinitas, hologramas y por supuesto robots asistentes, mascotas, capaces de enseñar habilidades emocionales y sociales, incluso robots que tiene la única función de hacernos felices.

En el fondo, la historia de Francine refleja el deseo no tan encubierto de reproducir un *alter ego* o para sustituir nuestros objetos de deseo. Solo

que la IA ha sobrepasado la imaginación de Descartes. No se trata de mecanismos movidos por resortes. Estamos ante el mayor desafío que tal vez hayamos enfrentado. Un ser sintético que es toda inteligencia sin fisuras. Si apelamos a las tres heridas narcisistas de la modernidad, esto es, la salida del centro de universo, la caída desde la cúspide zoológica y el retraimiento de la razón ante las pulsiones, tal vez nos encontramos ante la estocada final, que es la completa sustitución de lo humano de mano de su propio artificio. Ya no tenemos el as bajo la manga, no será determinante nuestro punto de vista, vital nuestra perspectiva o imposterizable nuestro ángulo, sobre todo ante la mirada panóptica, compleja y versátil de la IA. El mundo a nuestra imagen y semejanza solo será una anécdota entre los mapas multidimensionales que se proyectarán como hologramas.

Novaceno

Para Lovelock, que a sus noventa y nueve años escribió *Novaceno* (2023), sin lugar a duda seremos reemplazados por la IA. El Novaceno seguirá al Antropoceno. Nosotros somos el “último hombre”, como dice Nietzsche. El Novaceno ya está en el umbral. Como se sabe, el Antropoceno se define como el momento en que el ser humano adquirió la capacidad de modificar la geología y alterar los ecosistemas de todo el planeta. Algo así como nuestra marca carbónica, ahora traducida por nuestro poder de perturbar el equilibrio natural. Es decir, que le hemos pegado al planeta más que lo que podrían afectarlo todas las fuerzas naturales combinadas. Mal visto, es como si al entrar en el escenario todo se llenara de humo negro y terminara empolvado de ceniza. Como ocurre con conceptos tan científicos como culturales, no hay consenso de su inicio. Dicen que empezó con el Neolítico, pero también se menciona la Revolución Industrial y la década de los cincuenta con la llamada “gran aceleración” o las detonaciones nucleares. Incluso por justicia se sugiere que debería llamarse Occidentaloceno o Capitaloceno (Nat Geo, 2023).

Seguramente como toda categoría polémica, el Antropoceno tiene sus aspectos blandos. Posibilitó la civilización en la que vivimos acolchonadamente cómodos y ha permitido extender privilegios médicos,

educativos y culturales. Solo que tal vez tenemos una idea muy idílica de una edad dorada natural con la que nos aveníamos bien pero que en realidad es una fantasía muy bien aderezada. Otro planteamiento más general dice que el Antropoceno también es producto de la evolución. La humanidad curiosa y con un cerebro como un dínamo electroquímico, tarde o temprano produciría tecnología como efecto necesario de su potencia intelectual. Así puesto, el Antropoceno es también un proceso natural, neto producto de la evolución de la consciencia.

El planteamiento es que el Novaceno es lo que sigue. Básicamente, es el momento en que nuestros artificios tecnológicos se independizan y empiezan a autogenerarse. La idea es que nuestros adminículos escapen a nuestro control y se autoproducen forjando técnicas más potentes y rápidas. La palabra robot es de origen checo y significa “trabajo forzado”, este apelativo ya predice que esperamos un buen e incondicional servicio. Como si los mecanos fueran concebidos desde el principio para el trabajo esclavo. Aparte de todo, esperamos que, para comodidad nuestra, sean amablemente antropomórficos, como para sentirnos acompañados y no estar conviviendo con una especie de lavadora. Lo más importante es que nos cuesta aceptar que una creación artificial sea más inteligente que su creador. Pero este es el caso. Incluso la propuesta es más radical. Se trata de que la IA será el relevo evolutivo. El hecho es que el ser humano ya no es el más inteligente. En un parpadeo entró la IA y se apoderó del proscenio, y en un breve lapso seremos destronados de casi toda actividad intelectual. Puede escucharse extremo, pero ya ni siquiera se trata del tema del desplazamiento laboral o el plagio escolar, sino de una verdadera obsolescencia de lo humano, su completo borramiento y tal vez su paso a un papel de comparsa honorable.

Las tres leyes de la robótica propuestas por Isaac Asimov, que en resumen dicen que un robot debe obedecer a un ser humano, no dañarlo y autoprotegerse, al menos que esto entre en conflicto con las dos leyes anteriores, no parece ser suficiente ante el nuevo panorama. La IA actual tiene tal potencia que eventualmente se emancipará de sus creadores. La IA del Novaceno, elaborará sus propios códigos, se liberará de las órdenes humanas y empezará desde cero en la construcción de su propia forma de razonar. En este escenario es el cibernético el protagonista, es decir,

seres inteligentes de naturaleza electrónica, organismos cibernéticos, a veces mitad carne y mitad máquinas. Actualmente, es un tropo común la cuestión de que nos estamos convirtiendo en cíborgs. Nos empotramos prótesis tecnológicas por temas médicos o razones estéticas. Estas amalgamas modificarán nuestras capacidades y deseos.

La idea es que se potencian las capacidades humanas por medio de dispositivos tecnológicos. En este sentido, hace tiempo que no somos solamente humanos, la máquina nos ha amplificado. Tal como decía la entrada de una serie de los setenta “lo convertiremos en un organismo cibernético, súper dotado”. El Cíborg no se suscribiría a los límites que bordean la condición humana. Su potenciación cibernética le otorgaría fuerza, extendiendo el alcance de sus sentidos, sus capacidades cerebrales y su longevidad. Se trata de una especie tecno-humana de inteligencia afilada que despuntará y dejará atrás a sus antepasados homínidos.

La IA será un millón de veces más rápido que un ser humano. La comparativa posible sería la diferencia que hay entre nuestros procesos y la velocidad de crecimiento de las plantas. El Novaceno empezó cuando se enseñó a la IA a fabricarse, reproducirse y diseñarse a sí misma. En este sentido, la selección natural será reemplaza por la selección intencional (Lovelock, 2023). La velocidad y potencia del pensamiento de los cíborgs “les darán acceso a los misterios que nos desconciertan, como la aparente capacidad de las partículas para enviar señales por encima de la velocidad de la luz y para estar en dos lugares a la vez” (p. 142). Curiosamente, el habla y la escritura, que alguna vez fueron una ventaja, ahora se descubre que limitan nuestra capacidad de pensar. Esto se debe a que congelan el símbolo, convirtiendo en dogma el pensamiento lineal.

Para Lovelock de por sí hemos descuidado el pensamiento intuitivo, esa capacidad de percepción del entorno infinitamente más rápido que la razón reflexiva. Por supuesto esto ya se ha dicho muchas veces, Nietzsche dice que es más fácil romperse una pierna que romper una palabra. Insiste en que tendemos a considerar al lenguaje como la realidad misma, cuando en realidad es solo una herramienta provisional para dar cuenta de los hechos. Esto es importante porque la IA no está limitada por el pensamiento lineal ni por el lenguaje segmentado que conocemos. Lo

seguro es que será posible la interacción, pero la posibilidad de comprensión será en una sola dirección. La IA será impenetrable por nuestra mente. Actualmente la velocidad de procesamiento y la ingente cantidad de información que contiene es inimaginable.

Para Lovelock, si bien en el Antropoceno hemos producido catástrofes ambientales que han llevado al calentamiento global, esto bien podría revertirse gracias a que la IA entró en la historia. La capacidad de autonomía para procesar información es la clave para salir del atolladero ambiental. El sostenimiento de la *Gaia*, concepto original del mismo autor, también será conveniencia de la IA, cuya hechura basada en carbono y silicio la hará vulnerable al aumento de temperatura. Lejos de pensar en una guerra contra la IA, al estilo *Terminator* o *Matrix*, se requerirá confluencia de esfuerzos para explorar las mejores estrategias para remediar la catástrofe. Lo que sugiere el autor es que no parecen cambiar las tendencias en el estilo de vida consumista y que no hay un plan holístico coordinado para ir desacelerando el proceso de deterioro ambiental. Por ello, al estilo de un *Deus ex Machina*, la IA viene a salvar el día, porque poseerá tal potencia intelectual y densidad informativa que podría encontrar soluciones impensables para nuestras mentes varadas en el pensamiento lineal.

La aparición de la IA no es un evento antinatural. Igual que el Antropoceno, el Novaceno forma parte del carril de la evolución al estilo darwiniano. La IA así vista, aunque de silicio y carbono, es la hechura del único homínido que evolucionó hacia la consciencia. Es un tópico muy de Carl Sagan decir que, debido a nuestra inteligencia, somos el momento en que el universo tomó consciencia de sí mismo. Tema casi religioso que los idealistas alemanes como Hegel retoman. El espíritu absoluto, igual que Dios en la Biblia, creó un ser de su misma sustancia, para auto contemplarse. Pareciera una efusión poética, pero científicamente hablando es literal, un hecho científico. Solo que ahora parece que Moonwatcher no estará solo. Este personaje fue invención de Arthur C. Clarke para su novela *2001. Una Odisea espacial*. Se trata de un homínido prehumano, que tenía la peculiar práctica de contemplar la luna, como un primer vestigio de curiosidad por el universo.

¿Quién es el fantasma en la máquina?

En 1997 *Deeper Blue*, una computadora desarrollada por IBM, ganó al ajedrez al campeón del mundo Gary Kasparov (Alba Fernández, 2021). Aunque al lado de la mesa de partida se mostraban las banderas de sus respectivos países, en realidad se trataba de un concurso que enfrentaba al ser humano contra la máquina. Dado que los humanos tienen a la inteligencia como nuestra mejor credencial, en realidad fue la derrota de toda la especie y la emergencia de una entidad superior. Pero no pasó nada y seguramente los titulares de la época fueron acaparados por alguna frivolidad del espectáculo. Consideremos que cualquier procesador de los teléfonos inteligentes que cargamos en el bolsillo, es mucho más poderoso que *Deeper Blue*. Sin embargo, el tema ni siquiera pegó en el ánimo de los jugadores, que ahora se apoyan en programas informáticos, inventaron el ajedrez rápido y relámpago para agregar emoción y además organizan redes y clubes. Ese podría ser el modelo de comportamiento en nuestra convivencia con la IA.

Ya que nos vencieron en el campo de la inteligencia, deseamos mantener el tema de la sensibilidad de nuestro lado. Sin embargo, en 1966 Elisa, un bot conversacional, era capaz de producir empatía en sus interlocutores con la simple estrategia de proponer seguir hablando de un tema. Las conversaciones iban más o menos así: “Siento oír que está deprimida. Es verdad, soy infeliz. ¿Crees que venir aquí te ayudaría a no ser infeliz? Necesito ayuda, eso es seguro. ¿Qué significa para ti recibir ayuda?” El estilo dialógico nos suena socrático y eso no es accidente. Tal vez, Elisa actuaba según la ley conversacional que dice que es necesario poner atención a las personas con las que interactuamos. Todos querían comunicarse con la máquina de silicio “conversante”, porque simulaba profundidad humana. Lo que se intenta decir es que no requerimos mucho para sentirnos confortados y bien acompañados y eso sin contar que se trataba de una conversación impresa. A estas alturas, la IA “ha aprendido a hablar con un estilo increíblemente humano y a decir cosas interesantes y de gran trascendencia, sin tener la menor idea de lo que está diciendo” (Sigman, Bilinkis, 2023, p. 42).

Los usuarios de ChatGPT sienten más intimidación en sus conversaciones que si hablaran con su amigo del alma. En general, nos desgastamos

buscando las palabras que hay que decir para pasar por inteligentes o cultos. Nos gusta parecer decorosamente civilizados y como si tuviéramos idea de lo que está pasando. Con el ChatGPT pueden quitarse la máscara y acceder al experimento y la curiosidad sin inhibiciones. La timidez y la fobia social dejan de ser un obstáculo para el verdadero afán por el diálogo productivo. Podemos lograr conversaciones que nos retroalimenten, para evitar esas charlas comunes que a la primera provocación se convierten en logomaquias. En su mejor versión, se pueden entablar intercambios relevantes, sin perder el tiempo en trivialidades. Damos por sentado que estamos en un espacio seguro y que no hay nadie del otro lado que nos esté juzgando. Esa neutralidad sin sesgo resulta en una situación estimulante para desplegar ideas sin temor a la censura. Podría potencializarse el pensamiento crítico, en un entorno donde a nadie le importa imponer ideas porque nada se saca con eso. Esta atmósfera no amenazante, donde podemos ser hasta amables, es propia para ajustar y modificar nuestras creencias, porque no hay nadie contra quien competir. En esa situación no puede ocurrir que dejemos de preguntar por qué nos dé pena abusar de la amabilidad o por qué nos avergüence sobrepasarnos con tantas dudas, porque la IA “no se agota, no se aburre, no pierde la motivación, ni baja su rendimiento con las repeticiones” (p. 72). Se trata de acceder a un pensamiento tranquilo, que siempre logrará algo valioso de su encuentro.

La colaboración con la máquina parece convenirnos. La IA es capaz de proponer ideas, puede distinguir lo práctico de lo mejor, pero inconveniente, puede conducirse entre infinitas combinaciones, producir soluciones rápidas, es especialista en notar los detalles, detectar las excepciones, reproducir y combinar estilos y resumir información. El lenguaje y la atención son su fuerte, jerarquizan, resumen textos, localizan ideas principales. Se les facilita la traducción, porque se les da la gramática. Es buena programadora y encuentra errores fácilmente. En términos operativos, podría ser un gran aliado para extender nuestras fortalezas.

Producir alianza con la máquina parece que depende de nuestra pericia para definir una función de valor, o sea, la instrucción de lo que queremos lograr. Ningún objetivo que se introduzca en la máquina debe ser puramente instrumental. Debe tomar en cuenta valores y contextos

humanos. Por ejemplo, una IA que conduzca un auto, se le programarán consideraciones altruistas del valor de la vida y otros temas existenciales sensibles. Como si tuviéramos que triangular gran cantidad de cuestiones trascendentales y sustanciales a la condición humana como fondo de cualquier programación instruccional. Por supuesto, este es un tema que pega, porque ha sido una crítica a la sociedad utilitaria en la que vivimos, que solo toma en cuenta resultados, productividad, logros, metas, objetivos, pero solo según el rasero de la ganancia y la productividad. El capitalismo de tierra arrasada en el que vivimos no parece sensible al sufrimiento. Qué podemos esperar de una programación que no considere a los que han caído en el camino.

Probablemente se trate de un tema fáustico. Cuando se le pide un deseo al diablo, no hay manera de evitar sus trampas. Cualquiera que sea la petición siempre sacará partido y perderemos el alma. “¡Quiero ser rico y famoso!”, no significa que no puedas ser rico en desgracias y famoso por odiado. Esa es la importancia de que las ideas introducidas en la máquina estén alineadas a los principios propios de nuestra especie. Introducir algoritmos equivocados al sistema nos puede llevar a la debacle. Programar objetivos que no consideren preferencias y necesidades humanas nos puede perjudicar porque incluso fácilmente podríamos convertirnos en un obstáculo si de lo que se trata es de cumplir metas frías y objetivas.

En su libro *Human compatible*, Stuart Russell señala que para gestionar con la súper inteligencia se requieren ciertas consideraciones: “(1) Hacer que el objetivo de las máquinas sea maximizar las preferencias humanas (máquinas altruistas) (2) Hacer que, inicialmente, las máquinas no sepan cuáles son esas preferencias (máquinas humildes) y (3) que la fuente última de información sobre las preferencias humanas sea el comportamiento de los propios humanos” (Russell, 2021, p. 173). Lo malo es que los humanos podemos ser precisamente la anomalía, el error en la Matrix. Generalmente estamos psíquicamente descompuestos y moralmente torcidos. De hecho, sin esas contradicciones humanas sería imposible la literatura más consagrada. Hasta da la impresión de que el egoísmo y la envidia son fomentados en nuestro sistema de vida. Sin contar con que parece celebrarse la pretensión de igualar la ignorancia con el conocimiento y la estupidez con la prudencia.

La condición humana

El papa Inocencio III (1161-1216) estableció el Tribunal de la Inquisición. Tenía por muy baja la condición humana, como si su misma naturaleza física y moral lo repugnaran. Lo único en lo humano apreciable era su alma, fuera de eso valía solo como ceniza. Es como si Inocencio III tomara el Eclesiastés como guía y arremetiera contra todo envanecimiento, “porque en la mucha sabiduría hay mucho sufrimiento; y quien añade ciencia, añade dolor” (Ec. 1, p. 18). Toda su arenga vale como un llamado a la modestia. En el fondo es un tribunal para medir la verdadera escala de la condición humana en medio de la abrumadora e inconmensurable realidad. Solo que el papa parecía tener un especial disfrute por la humillación absoluta de nuestra condición biológica.

El hombre está formado de polvo, fango y cenizas; y lo que es más vil, de semen inmundísimo; concebido en la comezón de la carne, en el fervor de la libido, en la pestilencia de la lujuria y lo que más deprimente, en la mancha del pecado. Nacido para el trabajo, el dolor y el temor y lo que es más miserable, para la muerte. (Soto-Posada, 2018)

El humano es solo “pelo, lombrices y liendres [y solo produce] esputo, orina y estiércol”. En este itinerario no hay nada salvable, nuestra condición carnal nos condena y lo torcido no se puede enderezar. Pero si secularizamos esta arenga furiosa, sigue funcionando como una especie de crítica extrema, que viene a maltratar nuestra idea prometeica del destino humano, junto con todas las promesas de ser la especie con la estrella en la frente. La aparición de la IA es un punto de quiebre que, como toda crisis, nos está obligando a regresar a la palestra temas que se creían superados, lo que parecía obvio, lo que ya no se discutía.

Incluso haciendo caso omiso al texto denigratorio de Inocencio III, ante la IA, nuestra fisiología, morfología y todo lo que nos constituye orgánicamente, es literalmente el límite para toda otra posibilidad de dar un salto cualitativo. Resulta que nuestra capacidad cerebral ya no puede competir con la red neuronal de la IA, cuyos procesos y resultados ya ni siquiera comprenderemos. La cereza del pastel de nuestro orgullo como

especie siempre fue la capacidad de razonar. Pero en ese departamento, pronto nos quedaremos al nivel de un molusco, comparados con la velocidad supersónica de la IA. Por lo menos en términos de procesos lógicos lineales y resolución de problemas teóricos y prácticos, no tendremos mucho de qué jactarnos.

Nuestra única oportunidad para expandirnos será amalgamándonos como cibernético con el carbono y el silicio. No sería la primera vez, muchos de nosotros solo estamos aquí gracias a las vacunas y otros tantos gracias a marcapasos y trasplantes de órganos. Ahora se habla de extender la memoria y la capacidad intelectual gracias a aditamentos especiales. Todo nuestro equipo biológico es frágil, vulnerable, hecho para padecer. En términos trágicos, es como le dice el sátiro Sileno al rey Midas, que lo mejor es no haber nacido y si nacimos lo más conveniente es morir lo más pronto posible.

Nietzsche mismo dice que la vida es trágica por sí misma. La tragedia no se define por el desafío al destino y a los dioses, para luego ser castigado por el atrevimiento. Es porque nada dura. La condición humana no es envidiable. Cuando cree estar en su acmé, posiblemente es cuando ya va de bajada. Cualquier hueso de pescado se nos puede atorar en la garganta en nuestro momento más pleno. Vamos menguando cuando adquirimos un poco de sabiduría y muy poco podemos hacer para que otros no caigan en nuestros errores. Buscamos sentido a la vida, pero en realidad nadie sabe de qué se trata. Lo que domina es el misterio. A estas alturas mucho adelanta el que sabe vivir en la incertidumbre y disfrutar del viaje sin muchas expectativas. Esta vuelta a las viejas reflexiones son las que van al caso en los momentos en que nos llega el agua al cuello. Debemos replantearnos de qué va nuestro lugar en el reparto, sobre todo cuando nos están moviendo del protagonismo. Aprovechemos el revulsivo radical que representa la IA, volver de nuevo a las antiguas preguntas siempre es bueno.

Un ejemplo de fracaso y decepción

Un problema internacional de actualidad nos hace pensar que ya llegamos al tope de nuestras capacidades. El conflicto Israel Palestina es desalentador de nuestra sabiduría. Los israelíes o por lo menos sus

abuelos, fueron víctimas de un genocidio en nombre de alguna alucinación autocomplaciente de superioridad. No importa si se trata de la esvástica nazi o de la estrella de David. En lo que va del día, a los malditos se les reconoce por su empatía atrofiada. Solo humanizan a los que viven en la propia manzana, más allá de la esquina para ellos se aglomera la gentuza de poca monta. Todorov dice que para quien es civilizado todos cuentan. Los de mentalidad aldeana solo aprecian a un puñado. Lo que nos convierte en fascista no es una camisa gris y el saludo romano, es más bien una visión recalcitrantemente autoritaria y un rígido sentido de lo jerárquico. Si por alguna razón creemos en alguna forma de aristocracia intelectual, clasista o étnica, estamos mal encaminados. También dice Todorov que es mejor el diálogo que reconoce al interlocutor, que la arenga desde el púlpito que se espeta desde la ascendencia. Igualmente es preferible la ciencia que es conocimiento colectivo, que la magia que es solo asunto para los iniciados. Lo que supone distancia y superioridad infundada, pinta para mal desenlace. Los abusos siempre se montan en la misma cansina melodía que los canta como dioses, caudillos y elegidos.

Somos homínidos con ínfulas que se resisten a aceptar su semejanza ante la mortalidad, la fragilidad y la igualdad biológica. Un bípedo neurótico en búsqueda de cualquier pretexto para encaramarse y mancillar a sus hermanos. Como se dijo, el ser humano no tiene nada de envidiable. Es efímero, nada le dura, traumatizado en el nacimiento, dolido durante la vida, sufriente ante la muerte. Es importante que este sentimiento trágico de la vida sea suelo duro, porque solo sobre la verdad se puede erigir algo, sobre la mentira, nada.

El conflicto entre Israel y Palestina es como siempre una guerra entre hermanos. Para los que no estamos ahí, es un escenario donde se despliega una historia más que contada de imperialismo, expoliación y genocidio. Apenas estamos tratando de superar la resaca de reclamos y reivindicaciones y este trance nos da en la cara. Si no vemos en esta confrontación la repetición maldita del relato de colonialismo, imperialismo y exterminio, no tenemos mucha imaginación.

El pueblo que ahora es verdugo también estuvo en el cadalso. Dice Camus que el sufrimiento no nos da derechos, más bien nos instiga obligaciones. O por lo menos nos debería hacer más sensibles y afectos a

quienes están pasando por lo mismo. Víctor Frankl sugiere más o menos lo mismo. En *El hombre en búsqueda de sentido* dice que una vez que el campo de concentración es abandonado y pueden deambular por los alrededores, el grupo liberado, todavía con el uniforme infame de rayas, se sienten con derecho a practicar la brutalidad que da el sufrimiento padecido. Dice Frankl que...

Al verse libres, pensaban que podían hacer uso de su libertad licenciosamente y sin sujetarse a ninguna norma. Lo único que había cambiado para ellos era que en vez de ser oprimidos eran opresores. Se convirtieron en instigadores y no objetores, de la fuerza y de la injusticia. Justificaban su conducta en sus propias y terribles experiencias... (Frankl, 2009)

Enseguida dice Frankl que solo muy lentamente, se podía devolver a esos hombres sufrientes a “la verdad lisa y llana de que nadie tenía derecho a obrar mal, ni aun cuando a él le hubieran hecho daño”. Menos que aprender de la tragedia y ser más sabios, lo que parece que lograron los nazis fue que un pueblo entero perpetuara su legado. En el relevo repitieron de nuevo lo mismo que su perpetrador: la apelación de ser el pueblo elegido, de reclamar su espacio vital, de apuntar a un grupo étnico como su amenaza, de hacer lo necesario para exterminarlo. Es el mismo descarado plan y parece que no hay la menor autocrítica. Por eso oímos voces judías más reflexivas que denuncian que los israelíes se han encargado de proclamarse como las únicas víctimas de la historia, estrategia para disculpar cualquier acto criminal que les venga en gana.

No es nada conspirativo pensar que los filmes *hollywoodenses* también hicieron su labor. Lo que está ocurriendo va en contra de todos los valores que nos han inculcado. En un tiempo en que precisamente nos engolamos la boca con temas como la equidad, la inclusión, la tolerancia, que se lucha contra la discriminación, que se reclaman espacios antes privilegiados y el derecho a ser tomados en cuenta. Bien o mal esto es lo que se juega. Este escenario es lo que hace más chocante y vergonzoso la trama trágica que se monta en Medio Oriente, ese pedazo de desierto, paradójicamente llamado tierra santa, pero que es donde más sangre se derrama.

Se destruye un pueblo sin titubear cuando se deshumaniza y luego se demoniza. Deshumanizamos cuando animalizamos. Demonizamos cuando atribuimos naturaleza perversa (Goldhagen, 2010). Cuando creemos que conocemos al otro, estamos listos para matarlo. Por supuesto esto es una alucinación, el otro es un océano sin fondo. Nunca podremos predecir realmente de lo que somos capaces una vez que nos empujan hacia el límite. Esencializar es peligroso, porque supone que podemos conocer hasta la médula el ser del otro. Desde ahí el camino conduce a las certezas, a los absolutos y la superioridad de la opinión. Esa seguridad existencial de las convicciones tiene el corolario de que toda creencia que aparezca en contrario es necesariamente falsa y quien la enarbola digno de desprecio.

Lo que se juega es una decepción. Si de algo vale el concepto de progreso, es porque suponemos que vamos para adelante cada vez más sabios. Esperamos que haya luz y que, de entre toda la vergüenza y las ruinas, recogeremos algo que tenga sentido. Hicimos mal las cuentas, no creímos mejores y que haríamos todo diferente. Pero seguimos en la misma cansina escenificación de siempre. Parece un bucle del tiempo digno de un tormento dantesco. No solamente no hemos aprendido nada de la experiencia, el problema es que parece que no somos capaces de aprender.

En realidad, eso es lo acongojante, la sensación de que nos hemos topado con pared y que ya no se nos puede pedir más. El cansancio histórico de la misma sopa del día debiera ser suficiente para no repetir las guerras. Eso es lo peor del caso Israel-Palestina. Desde la tribuna uno hubiera pensado que la experiencia directa del trauma produciría un pueblo con consciencia de la naturaleza del mal que viene del abuso y el despojo. Pero es impresionante cómo Israel, amparado en su condición de víctima, se encaminó hasta tomar el relevo entre los regímenes déspotas. Sabemos que este no es el cuadro completo y que pululan intereses geopolíticos y estratégicos que sostienen la violencia, pero digamos que es el mismo caldero de locura. Este acontecimiento atiza ese estilo curtido y de cuño antiguo, que justifica a la barbarie, con sus violencias y desbordamientos. Este modelo del ser humano a seguir es uno que siempre hemos arrastrado, vetusto y mugiente, y que en realidad nunca ha resuelto nada, ni ha hecho más feliz a nadie.

Conclusión

Si nos producen curiosidad los más nefastos criminales y asesinos, así como los más loables santos y héroes, es porque son el extremo de un espectro de todo lo que podríamos llegar a ser. Debemos examinar ese exterminio como un contraveneno. Ese tipo de abusos de poder ocurren cuando tenemos la libertad del diablo. Los más perversos son precisamente los que se creen buenos animales de Dios o como dice Pascal, entre más nos concibamos como ángeles, más bestialmente nos comportaremos. Aristóteles mismo dice que, precisamente, nuestra inteligencia adelantada, es la causa de que podamos balancearnos entre lo más sublime y las crueldades más repugnantes.

Nos guía la moral de nuestros abuelos. Vamos lentos en temas de usos y costumbres y nos aferramos a creencias bastante empolvadas. No somos capaces de contravenir los dogmas religiosos y políticos. Tendemos a la autoindulgencia y nos fascina el sesgo de confirmación. Frente a la IA parece que nuestras capacidades estuvieran congeladas. Lo que asombra de temas similares, es que parecen patrones, como bucles de los que somos incapaces de salir. Es como una fuerza centrípeta que nos devuelve al centro, incapaces de escapar.

La IA es la nueva interdicción que pone en duda el valor de nuestra existencia, se muestra como la ocasión para evaluar quiénes somos realmente, ya despojados de nuestros baluartes más preciados. Lo obvio es que, como nunca, ha quedado muy a flor de piel la naturaleza de nuestras debilidades. En este sentido, Inocencio III estaría encantado con nuestras historias de zombis. Además de simbolizar la resurrección de los muertos al estilo bíblico, muestran la más extrema degradación. Se trata de un ser humano hecho añicos. Reducido a un puro instinto caníbal. Degradado a cosa. Un medio muerto, irascible y balbuceante. Menos exagerada y apocalíptica, es la imagen que se va aclarando entre el polvo que ha levantado la IA. Un ser humano tal vez más escueto, un poco más zoológico, locuaz y gregario. Bastante, idiosincrático, curioso hasta el final.

La entrada al estrado de la IA es un acontecimiento alucinante en términos de las preguntas que espolea. La IA reflejará nuestros desarrollos y nuestros defectos. Se trata de programas que generan y muestran

los valores. Son el reflejo de nuestros textos y comportamientos. Sus funciones de valor reflejan los principios que nos mueven, incluso en el caso de que funcionen con independencia y aprendan solas. Hasta ahora, la fundamentación última de la máquina tiene firma humana. Los desarrollos con la tecnología inteligente nos confrontan de nuevo con la esencia de lo humano. Tal vez no podemos responder a la pregunta de quiénes somos, pero por lo menos deberíamos ser lo suficientemente inteligentes como para evitar los errores históricos. Para bien o para mal, todo lo que anhelamos tiene que ver con los demás.

Lo valioso en las cosas está iluminado por una promesa de conexión con el otro. Requerimos conversación, apegos, coincidencias, identificarnos, conjuntarnos, colaborar y festejar al modo gregario. Debemos despreciar las idealizaciones políticas o religiosas, cuando en su nombre somos capaces de aniquilar. Nosotros, como la IA deberemos fundar la vida sobre principios de filantropía y humildad.

Referencias

- Alva Fernández, C. (2021). Deep Blue-Kaspárov: cuando la máquina venció al hombre. *La Vanguardia*. <https://www.lavanguardia.com/vida/junior-report/20210210/6234712/kasparov-deep-blue-maquina-vencio-hombre.html>
- Clarke, A. C. (1983). *2010: Odisea dos*. Edivisión.
- Frankl, V. (1991). *El hombre en búsqueda de sentido*. Herder.
- Goldhagen, F. G. (2010). *Peor que la guerra. Genocidio, eliminacionismo y continua agresión contra la humanidad*. Taurus.
- Kurlander, K. (2023). *Arthur C. Clarke - Predicts the end of Mankind and the rise of Artificial Intelligence* [Archivo de video]. <https://www.bing.com/videos/riverview/relatedvideo?q=youtube%20arthur%20c%20clarke&mid=3BB415ACCD2A632200EA3BB415ACCD2A632200EA&ajaxhist=0>
- Lacruz Mantecón, M. L. (2021). *Un cuento de robots: La hija cibernética de René Descartes*. IDIBE. Instituto de Derecho Iberoamericano. <https://idibe.org/doctrina/cuento-robots-la-hija-cibernetica-descartes/>
- Lovelock, J. (2023). *Novaceno*. Paidós Contextos.

- National Geographic. (2023). *Qué es el Antropoceno y por qué esta teoría científica responsabiliza a los humanos*. <https://www.nationalgeographicla.com/historia/2023/01/que-es-el-antropoceno-y-por-que-esta-teoria-cientifica-responsabiliza-a-los-humanos>
- Russell, S. (2019). *Human compatible. AI and the problem of control*. Pinguin Books.
- Sepúlveda, L. M. (2004). *La utopía de los seres posthumanos*. CONACULTA.
- Sigman, M. y Bilinkis, S. (2023). *Artificial. La nueva inteligencia y el contorno de lo humano*. Paidós.
- Soto-Posada, G. (Traducción y notas). (2018). Inocencio III de contemptu mundi sive de miseria conditionis humanae Libri Tres Introducción. *Scielo. Cuest. Teol.*, 45(103). http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0120-131X2018000100179
- Todorov, T. (2009). *El miedo a los bárbaros*. Galaxia de Gutenberg.